

Titulo: Una historia de MONTAÑAS

“Quién tiene un por qué, puede soportar casi cualquier cómo”

La mano curtida del hombre recogía la del pequeño que caminaba a su lado por la empinada cuesta, ascendiendo despacio hacia la cumbre cercana, la mirada vigilante para evitar tropiezos.

Era necesario, el muchachito avanzaba distraído ante la panorámica que, progresivamente, crecía ante él. Hacía tiempo que esperaba la ocasión. El abuelo se lo había prometido cuando cumpliera siete años: subir el CABAÑAL, la altura máxima cerca del pueblo. No por ser cota pequeña exenta de riesgos en algunos puntos del camino.

- ¡¡Abuelo, abuelo, ya casi estamos!!...

Sería la primera de un amplio número de excursiones que con los años se alargaron, complicándose sus itinerarios y accediendo a cimas cada vez más altas y escarpadas. En ocasiones, llegaban por rutas distintas, uno por el camino hollado y el otro, enriscado y hasta con cuerdas, echando mano de nuevas habilidades aprendidas con otros grupos. Al llegar, la sonrisa del encuentro afloraba en ambos. Compartían el placer de las “emociones verticales” como ellos les llamaban.

- Pero ¿necesitabas demostrarme eso? Mira cómo llega tu abuelo, sin tanta zarandaja. Buenas botas, bastón, cantimplora y ganas...!eso es lo que hace falta en la montaña!

Jokin recogía sus artilugios y se preparaba a descansar un rato, cajetilla en mano.

- ¡Eso es lo que te sobra! Exclamaba el mayor. ¿No te das cuenta de que te resta fuelle? No llegarás a mi edad en la montaña...! Así nunca conocerás los Himalayas!....

- Ja, abuelo, para ir allí hacen falta más cosas...”pasta” por ejemplo...

Recordaba esta conversación. Le parecía imposible que hiciera apenas un mes de ella y ahora tuviera delante a su abuelo, muerto, en una caja.

Vinieron después los rituales funerarios que sumieron a la familia en una vorágine de actos y visitas que deseaba acabasen y poder hacer su propia despedida, allí en la montaña, donde tantos y buenos ratos habían compartido. Como colofón, la lectura del testamento. Intento evitar su asistencia, no le interesaban los temas pecuniarios. Poco imaginaba que al salir del acto llevaría con él una carga mayor de la del cementerio.

La lectura monótona del legado póstumo resultaba aburrida, acababa ya cuando todos se sorprendieron al escuchar: “Por último, dispongo dejar a mi nieto Jokin 5000 euros, para que pueda visitar y conocer las montañas del Himalaya. Con una condición: Pulmones Limpios”

Todo el calor de la habitación se concentró en su cara, reforzado por las miradas de los asistentes...Al salir los comentarios fortalecían lo expresado sin palabras.

- Ya sabes lo que te toca. Buena te ha caído, le dijo un primo.

- ¡A cumplir!, oyó al tío.

- Sé que no le decepcionarás, susurró la abuela, abrazada a él.

Se liberó como pudo, cogió el coche y condujo rápido hasta el CABAÑAL. Ya arriba, dio rienda suelta a la rabia y malestar contenidos, tanto por el abuelo ido como por su demanda y la impotencia que sentía para cumplirla.

Los días que siguieron se veía deambular a lo largo de las horas sin rumbo fijo en su mente, como cuando te diriges a algún lugar con destino incierto y la angustia lo consumía por dentro, sabiéndose en un dilema.

Alguien dejó en su cuarto un folleto que decía “Ayuda para dejar de fumar” y leyó:

1-Apuntar las razones

2-Elegir fecha de cese

3-Buscar apoyos

El primer punto lo tenía muy claro. Eran dos en una: realizar un sueño y, a la par, demostrarle al abuelo que sabía agradecer cuanto había recibido en vida, su gran ilusión y afición por la montaña. Los otros dos, los veía más difícil.

Una tarde, sus pasos lo llevaron club. Allí, unos colegas, compañeros habituales de cordadas, discutían entorno a un mapa sobre la mesa. Valoraban rutas y destinos de montaña, sopesando pros y contras de las vías de acceso.

- ¿Qué?, ¿planeando escapada?, les interrumpió.

- Ya ves, calentando las vacaciones. ¿Tienes alguna idea?

- Pues...había pensado... en el Himalaya, se atrevió a decir en voz alta.

- ¡Toma tú, este!...con qué te sale. ¡Y a los demás también nos gustaría! Pero, ¿sabes cuanto cuesta la broma? Espetó Jorge.

- No pienso en los ochomiles, hay cotas más accesibles y, además, dispongo de algún apoyo condicionado...

- ¿Condicionado a qué?

- A dejar de fumar...y relató su historia.

- Por ir allí, ¡yo soy capaz de dejar hasta....! exclamó Vicente.

- ¡Porque tú no fumas! Apoyó Tomás.

Tras unos instantes de silencio tenso, el primero volvió a hablar impulsivo:

- Si en grupo hemos sido capaces de subir cimas difíciles, en grupo atacaremos este reto. Podemos intentarlo al menos. Primero, vais a dejar de fumar y después ¡al Tíbet! Anda cierra ese plano, vamos a marcarnos un plan y vemos cuanto podemos reunir entre todos. La llama había prendido y sería difícil apagarla.

Comenzaron días de debate, de dudas, de búsqueda...Supieron que un grupo fuerte de montaña preparaba viaje para el otoño y sumarse al proyecto era lo mejor por logística y por economía. En el aire flotaba la fecha de cese. Jokin se dejaba arrastrar.

- Vamos a ver, “pulmones limpios” igual ¿a? O sea ¿cuándo se consigue eso?

- Pues depende, hablan de tres o cuatro meses, por lo menos.

- Estamos en abril...hasta el otoño, os da tiempo.

En la siguiente reunión Jorge se presentó con una caja, sobre ella en letras grandes había escrito: “Material de apoyo para dejar de fumar”. Jokin y Tomás intercambiaron miradas. El otro, sin mediar palabra, procedió a abrir la caja de la que salieron: mosquetones, crampones, cuerdas, frontales, linternas...

- Ahí tenéis. Dicen que es importante tener las manos entretenidas. Cada vez que os vengan ganas de fumar, cogéis un objeto: liáis nudos, os atáis los crampones, aseguráis la daga, revisáis la linterna... el objetivo es hacerlo a la mayor velocidad posible cuando estemos en faena y mientras tanto, ¡no se toca el cigarrillo!

Hubo carcajada general, pero la idea era buena y, entre los cuatro, comprendían que no había vuelta atrás. Cada día con tabaco se esfumaba una oportunidad. Se

imponía el cese. Por las bravas, sin fármacos. Les gustaba la naturaleza y la aventura. ¡Adelante con ese reto! Mañana, stop.

Jokin comenzó la jornada con la mochila al hombro. Se extrañaron en casa ¿para qué la llevaba a clase? No dio explicaciones y salió temprano, al aire fresco de la mañana, sin contemplaciones a la demanda interna; entre sus manos una anilla que abría y cerraba continuamente, casi hasta hacerse daño en los dedos.

A lo largo de la mañana buscó un rincón durante los ratos de descanso y, con un cordón, practicaba su habilidad con los nudos que posteriormente facilitarían la cordada o el anclaje y rappel en alguna pared. Tras la comida, poner y quitar crampones que fijasen a las laderas heladas y, entre repaso y repaso de apuntes, revisar la linterna, cambiar pilas y bombilla y colocarse el frontal con guantes y una sola mano, imitando la situación de apuro... Así transcurrieron unos cuantos días; casi cada tarde Jorge y Vicente comentaban con ellos las dificultades y se comprometían un poco más en el proyecto dual. Acudían con el grupo grande a las sesiones de instrucción de ruta y condiciones del viaje, revisaban la actualización del material y, de paso, se ponían en común las dificultades del cese. Ambos continuaban SIN en un esfuerzo aunado y refuerzo recíproco.

Los fines de semana había que ponerse en forma. Durante el ascenso, los abstinentes subían dos pendientes, la montaña duplicada: la real de piedra; la otra, interna, más dura. Se sabían observados y no había opción a plantearse ni una calada y, al llegar arriba, Jorge sacaba los chupa-chups, como si tal cosa...Sólo algún suspiro profundo delataba la emoción contenida. Todos conscientes del fuego que ardía y calentaba en cada cual un objetivo importante.

El calendario avanzaba y el fin de curso estaba en marcha. El estrés de los exámenes sumado a la ansiedad de la abstinencia. Las tardes se alargan y se multiplican los momentos de deseo. Jorge pone las cosas claras: toca estudiar en la biblioteca, donde está prohibido fumar. Como refuerzo y refresco, saborean un bebedizo especial para situaciones de altura cuando se precisan calorías e hidratación sin posibilidad de comer a la mesa.

Se saben en puertas de una gran aventura, algo soñado para cualquier alpinista y la ocasión ¡está tan cerca!...El esfuerzo en paralelo antepone la ilusión al malestar y los dedos rozan los billetes de avión a falta del papel de los cigarrillos. Otro deseo abrasa por dentro.

El gran día de la partida ha llegado, el grupo ampliado se dirige a los coches. Jorge pide:

- Anda Jokin, déjame una de esas anillas, que llevas a mano, hoy tengo que entretenerlas yo.

- No, no llevo encima ninguna.

- Tío, ¡qué bien has hecho la colada! Vas limpio, ¡bien limpio! Ríen.

Al salir de la ciudad, se impone una parada rápida...Pasos decididos conducen al heredero a través de una avenida donde habita el silencio y al llegar a ese lugar donde siente la espera, se para y dice en voz alta, los ojos empañados:

- Abuelo, ¡NOS vamos al Himalaya! Gira rápido pero le parece sentir una mano en el hombro y se vuelve: ¡Sí, sí! ¡Con los pulmones limpios!

Y echa a correr hacia la salida. La aventura espera, ¡se la ha ganado a pulso!

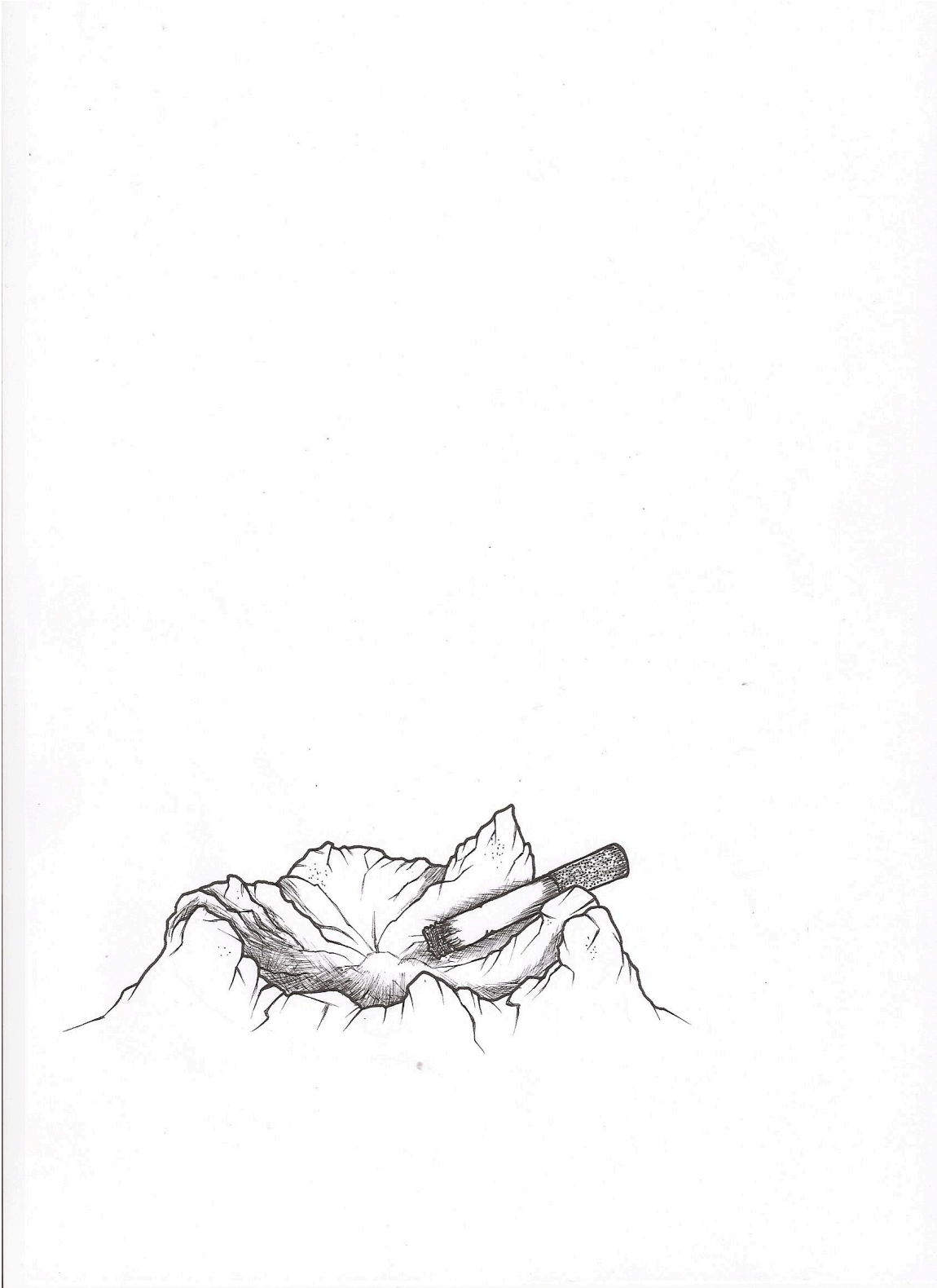


Ilustración de *Borja Zoroza*